

Conversación 51
EL ABATE Y LAS PECADORAS

Montpellier, 6 de marzo.

El Dr. Gr., quien me curó hace ya varios años de una de mis crisis de depresión melancólica, me habló hace varios días para decirme:

- Sé que para huir del hastío usted anda de ciudad en ciudad buscando a personas que salgan de lo común. ¿Por qué no va a conocer al Abate d'Espagnac, que es el sacerdote más singular de toda la diócesis? No tiene cura de almas, no enseña, es de familia noble y rica y vive en su palacio, uno de los más hermosos y más antiguos de Montpellier, en el que tiene una capilla privada, un hermoso jardín y una rica biblioteca, cosas que le ayudan a soportar la melosa antipatía de sus cofrades y de la buena sociedad.

- Pero, ¿en qué consiste su singularidad? Vaya a visitarlo y lo sabrá directamente de él. No quiero disminuir el sabor picante de la sorpresa. El Dr. Gr. fue tan atento que llegó a *griffonner* una cartita de presentación, y hoy hice que me condujeran a casa del Abate d'Espagnac.

El palacio donde vive se levanta en uno de los más amenos sitios de Montpellier, y por lo que pude ver se remonta al siglo XVI. Lo circunda y adorna un amplio jardín de estilo italiano, con bordes de boj, bosquecillos de cedros y pinos y fuentes de mármol ubicadas en medio de matorrales de rosales.

El Abate d'Espagnac me recibió con una amabilidad intermedia entre lo aristocrático y lo eclesiástico. Estábamos en su biblioteca, donde en seguida atrajo mi curiosidad una gran tela, de la escuela veneciana, que representaba a María Magdalena mientras con su abundante cabellera rubia seca los pies de Jesús.

- El Dr. Gr. dijo el cortés abate, me escribe diciéndome que usted desea conocer la misión que he elegido para santificar mi vida sacerdotal. Puedo confesársela en seguida sin recurrir a hipócritas giros de palabras: desde hace muchos años me consagré a la redención póstuma de las pobres pecadoras, de esas mujeres bellas y frágiles que son famosas en la historia terrena, pero que ahora sufren y gimen en la otra vida.

Lo miré más atentamente, algo desconcertado por sus palabras. El Abate d'Espagnac debe haber pasado los sesenta años, pero es todavía un hombre bien plantado, de rasgos nobles, su cabeza parece estar aureolada e iluminada por una cabellera blanca, abundante, sus ojos son angelicalmente celestes y afectuosos. Continuó diciendo

- Quizá le cause admiración que un sacerdote católico, servidor obsecuente de la Santa Iglesia Romana, haya sentido la vocación de dedicar su vida en pro de la salvación de esas mujeres desventuradas que se han hecho célebres más por su pecado que por su belleza. Pero debe reflexionar recordando que cada uno de nosotros, los cristianos, tiene la sacrosanta obligación de imitar en cuanto le sea posible a nuestro Salvador. Para nosotros, los mortales, es imposible imitar en todas sus partes a tan sublime y divino modelo. Es preciso elegir un aspecto, un episodio, un acto particular en el que más brille la luz de su infinita caridad. Por mi parte, desde mi juventud he tenido presente en el espíritu su encuentro con María Magdalena. Como lo comentan algunos por ahí, hubiera podido dedicarme a la conversión de las mujeres perdidas vivientes, pero como usted lo comprende, ésa hubiera sido una empresa extremadamente comprometida y peligrosa para un sacerdote joven, sano y no deforme. Además, era muy intenso mi deseo de conservar fidelidad íntegra a mis votos y al crisma santo de mi ordenación sacerdotal.

»Pensé entonces que en el pasado lejano y próximo, hubo pecadoras ilustres que son recordadas por muchos por curiosidad histórica o por amor al escándalo, pero por ninguno con el propósito de hacer algo, si aún es posible, en beneficio de sus desventuradas almas. Yo creo firmemente que la mayor parte de esas desventuradas no fueron precipitadas en las tinieblas infernales, como lo imagina el vulgo, sino que, como lo aseguran las palabras de Cristo dichas a María Magdalena, no se condenaron y estarán en el Purgatorio. Nuestra Santa Madre la Iglesia, fiel intérprete del espíritu de perdón que inspira a nuestra religión, enseña que los vivos podemos interceder para abreviar los sufrimientos de las almas que se encuentran en el Purgatorio. La Comunión de los Santos, una de las más maravillosas doctrinas del Catolicismo, nos da la esperanza de poder aliviar los sufrimientos de los fallecidos con tal de que no hayan sido condenados eternamente. Las oraciones, las súplicas, más que nada la Santa Misa, pueden anticipar la ascensión de las almas que purgan sus culpas a la gloria del Paraíso.

»Esta es la obra de caridad que me propuse realizar y que me consuela en mi solitaria vida. Usted sabe cuán numerosas son, sólo en la historia de mi país, esas pecadoras célebres, favoritas de reyes y de príncipes, como Gabriela d'Estrées, Madame de Montespan, Madame Dubarry, o heteras de lujo como Ninón de Lenclos o María Duplessis, hecha inmortal por la pluma de Dumas. Pero no me ocupo solamente de ellas, aun cuando estén más próximas a mi corazón. Celebro Misas también por la Vannozza, la amante de Alejandro VI, por la famosa Imperia, por Tulia de Aragón, por la Perricholi, famosa en la crónica escandalosa del viejo Perú, por Emma Liona y por Lady Hamilton, por la Condesa Walewska que fuera amante de Napoleón, por Lola Montes, que puso en peligro el trono del Rey de Baviera, por la Condesa de Mirafiori, concubina de Víctor Manuel II, por María Vetsera, la amante del Archiduque Rodolfo de Habsburgo, muerta trágicamente en Mayerling y finalmente por Catalina Schratt, la del amoroso romance clandestino del Emperador Francisco José.

»Podría seguir nombrando a muchas otras, son legión. Estudié diligentemente la biografía y documentos de ellas, y me parece ya haberlas conocido en persona. Estoy persuadido de que casi todas amaron sinceramente, por lo menos alguna vez, y me atengo por ellas a las palabras dichas por el Redentor a María de Magdala: *Mucho le será perdonado porque amó mucho*. Y efectivamente, algunas de ellas no amaron solamente a los mortales; en algunas horas de su vida, por lo menos, amaron también al Hijo del Hombre, al Hombre Dios. En favor de esas criaturas demasiado hermosas, que pecaron pero al mismo tiempo también sufrieron, yo celebro durante el año el mayor número de Misas que me es permitido por los Cánones, y ofrendo a Dios misericordioso, por su salvación, mis oraciones, mis renunciaciones cotidianas, mis pobres méritos de sacerdote y de hombre. Con la frente alta y sin ruborizarme, puedo asegurar a usted que no me siento atraído hacia ellas por fantasiosas lascivias ni por lo que llaman los teólogos delectación morosa, sino por una inmensa compasión hacia esas almas abandonadas y descuidadas por los mismos que ganan dinero relatando sus gestas galantes. Esta empresa a la que he denominado «redención póstuma» no me parece indigna de un cristiano ni de un sacerdote. Mis cofrades en el sacerdocio se burlan de lo que ellos llaman mi extravagante manía, pero yo estoy seguro de que Cristo no me condena, y quizá, si la soberbia no me ciega, estoy seguro de que no desdeña mis humildes oraciones. ¿Acaso no vino a la tierra para salvar a todos los humanos, y antes que nadie a los pecadores? Y cada una de esas desventuradas, ¿no tenía un alma que como las demás fue rescatada con su Preciosa Sangre?».

Cuando fui a ver al sacerdote pensé conocer una extravagancia risueña, algo así como un *divertissement* para mi hastío. En cambio, salí del palacio del Abate d'Espagnac casi edificado y hasta un poco conmovido.